

Hogar dañino

María José LG

Image not found.

Capítulo 1

Hogar dañino

El ambiente está cargado de miseria. Miseria que surge de las cosas y del hedor que yo mismo destilo.

Me ahogo en una profunda soledad, en donde el agua permanece negra, casi pantanosa, para que nadie, en el caso de que a alguien le importe, me encuentre.

Estoy desnudo en este sombrío cuarto de apenas tres metros cuadrados, que era amarillo pero ahora azul marino, casi negro porque, según recuerdo, hace tiempo, al comienzo de la primavera, cerré las persianas con la excusa del calor insoportable, cuando la realidad era que no aceptaba y sigo sin aceptar la vida que el sol transmite y me encierro en la oscuridad, en medio de algunas cajas, papeles rotos y platos blancos que ya no son de ese color y más bien tienen el color cobrizo, el del sarro, a causa de la comida jamás tragada por esta boca que hace tiempo yace tan cerrada que casi parece cosida. Todo está tan desordenado y sucio, pero no me importa, me hace sentir cómodo, porque se encuentra como mi mente: sin control, desordenada y pútrida.

Agonizó aquí y entre la mierda sólo puede surgir más mierda de mi cabeza. Mis propios pensamientos me atormentan. Hay tantos y tan oscuros que se mezclan como la pintura barroca, llena de sombras y totalmente difusa.

Mi cuerpo ya no puede más, simplemente está en una total quietud, casi como si estuviera muerta, pero la diferencia es que en mi ser no habita esa paz propia de la misma. En mi mente anida la quietud física y la intranquilidad mental. Es decir, me halló quieto, en mi cama, pero mi mente desea ir a todos lados, anhelo saber qué pasa con vos, qué pasa conmigo que te quiero pero que vos no querés ni siquiera acercarte a mí, se pregunta que significa la costumbre, qué significan las nigromancias, el ocultismo y toda esa basura, qué tengo para dar al mundo, a vos, a Huguito. Extraño tanto a Huguito, con sus ojitos negros y el cuerpo tan chiquito y su minúscula deformidad en la piernita derecha. Pobre Huguito. Seguro él también me extraña, pero aunque yo también lo extraño, no puedo verlo o no quiero, porque me afirma algo que mi mente quiere negar, con sólo percibirlo. Aún me preguntó por qué mi cabeza no encuentra la diferencia entre querer y poder, tampoco entiendo el dicho que dice "Cuando se quiere, se puede", dicho idiota. Lo odio porque yo no puedo ninguna de las dos, al fin y al cabo, uno odia las cosas que no

puede.

Ya no me acuerdo cuando fue la última vez que fui feliz realmente. Me pasaron cosas buenas, pero no puedo disfrutarlas aunque quiera, mi mente siempre está en otro lado, pensando en lo que aún no llego y en lo que ya se fue. Me empeño en encontrarle la solución a todo, aunque ya no se pueda hacer nada, o aunque aún no haya sucedido. Siempre tengo que encontrar soluciones porque siempre hay problemas aquí dentro. Hace mucho no disfruto nada lindo, porque no pienso nada parecido a eso.

Bueno, en realidad, estoy mintiendo, me acuerdo de una vez, pero no sé si fue la última, uno disfruta la felicidad y no se pone a pensar que está feliz, cuando uno se encuentra feliz, no lo piensa, lo disfruta. Esa es la diferencia con la tristeza, el enojo, o cualquier otro estado de ánimo. En esos estados de ánimo, uno piensa, los vive, los analiza, y los vuelve a pensar. Los vive en cada pensamiento. Eso es lo distinto. En fin, me acordé. Fue cuando nació Huguito. Estaba tan pleno. María me lo dio, me lo entrego como si fuera un regalo. Ella estaba tan cansada que el sudor caía por su frente y por todo su cuerpo, pero tuvo las fuerzas suficientes para decirme, con la respiración entrecortada, "Es nuestro y sólo nuestro. Lo hicimos los dos. Es la representación de nuestro amor. Es nuestra declaración al mundo", a veces ella decía las palabras tan inoportunas y otras tan perfectamente justas, como fue el caso de esta vez. Qué linda, María. Me vino su recuerdo. Ese día, ella también fue feliz. Le brillaban los ojos, me hablaba llorando, me abrazaba y me pedía mi mano para besarla. La verdad es que había poquitos momentos en que los dos éramos felices, pero casualmente, las pocas veces, lo hacíamos al mismo tiempo y juntos. Quizás eso era lo que nos unía. Ese día palpé la felicidad con la existencia y le sentí el gusto, la olí, la sentí. Era suave, tierna, fuerte y dulce, pero sólo duro unos pocos minutos. Fue tan efímera, tal y como hablan esos tratados de filosofía.

A María la veía tan chiquita, aunque sabía que era grande, en todos los aspectos la encontraba tan chiquita, frágil y triste. Me producía amor y dolor. Las dos cosas al mismo tiempo. Podía llorar de tristeza y hacerle el amor al mismo tiempo y ella igual. Creo que yo le producía lo mismo, pero con más desesperación. Ella me decía que me amaba mucho y se asustaba. No quería amarme, porque me decía que cada vez que amaba algo, lo destruía, pero no por desamor, al contrario, el amor de ella era tan fuerte que llegaba al cuerpo, a tal punto que no cabía en el mismo, y lo desbordaba hasta que el organismo mismo, explotaba. Me contó de una vez, en la que su papá tenía una vaquita, de esas lecheras, sólo para alimentar a la familia. La conocía desde chiquita, habían crecido juntas y María, la iba a ver todos los días, todo el tiempo, en cada ratito libre. La enorme vaca, la contemplaba directamente a los ojos, casi como si entendiera el amor, con la típica mirada nostálgica de una bestia, mientras que la joven le acariciaba las orejas. Así pasaban todas las

tardes y todas las noches de los húmedos, pegajosos, verdes y amarillos veranos, llenos de mosquitos, los cuales querían posarse en el animal y que María sacaba una y otra vez, asiduamente, sin cansarse.

En una de esas tardes de verano se produjo una ola de calor y a Don Pascual, el encargado del pequeño rancho, se le olvidó entrar a la vaca lechera al establo. Nadie se había percatado del asunto, hasta que recién al otro día, el papá de María, la encontró a la pobre bestia casi petrificada y cercana a la muerte, por deshidratación, sin embargo, lo único que murió de ella fueron las tardes de canticos de la muchacha y sus caricias en su lugar preferido, porque se le cayeron las orejas a causa de que se le disecaron por el sol. Aunque María se puso triste, se sentía feliz de que su mejor amiga no haya muerto y rápidamente encontró otro lugar predilecto para las caricias. Comenzó a tocarle el estómago, a causa de que había leído en un libro de la biblioteca de su mamá, que uno de los puntos más sensibles de los animales, es el vientre. Empezó a tocarlo con amor, con mucho amor. Lo hacía siempre, pero luego de un tiempo, comenzó a sentir movimientos extraños cuando le tocaba su gran masa, los sintió con fuerza, sentía como si el vientre la rechazara o la quisiera empujar. Se preocupó tanto que le fue con la incertidumbre a su padre y este, tras examinarla por unas horas, llegó a la conclusión de que la maldita se había escapado y la habían preñado, o que algún toro había entrado a la noche, pero todo esto parecía tan imposible, ya que no tenían vecinos con granjas aproximadamente a sesenta kilómetros a la redonda. La duda surgió en la familia, el hecho del animal preñado era casi inexplicable y en todos los almuerzos, de la misma, era tema de conversación.

Un veintidós de abril, llegó de la otra parte del mundo, la abuela materna de María, la cual no venía muy seguido, desde que Teresa, la madre de María, había muerto, hace ya muchos años. María, como todo niño desesperado por dar todas las noticias acontecidas, le contó acerca del extraño suceso, casi sin respirar, entre gestos y saltos, para su sorpresa, Marité, su abuela, no reaccionó como todos, al contrario, le lanzó una mirada llena de fuego, que casi pudo haber incendiado a la niña. Antes de decir alguna palabra, la agarró del pequeño hombro, la llevó a la habitación y le dijo "Jamás vuelvas a amar. Tu amor, como el de tu madre, crea vida y la destruye en un instante. Destruye todo, hasta la felicidad de quien ames. Cuando ames, aléjate, corre, huye y si es tan fuerte que no lo puedes hacer, matate. Protege a los que amas, como hizo tu madre", el padre, cuando llegó y las vio a las dos solas encerradas en la habitación, casi tiro la puerta de un golpe y le grito a la anciana que dejara sus supersticiones idiotas para consolarse por el suicidio de su hija y los dejara en paz. La abuela se fue ese mismo día, pero las palabras le quedaron grabadas para siempre a la niña, especialmente porque a los dos meses, el pobre animal murió de cáncer de estómago. Y así me contó muchas cosas más. Me decía que las cosas morían por su amor.

Yo me niego a creerle, aunque hoy me esté muriendo. Pero se me quiebra la fe cuando veo a Paget1 en la minúscula piernecita de Huguito.

1 La enfermedad ósea de Paget (osteítis deformante) es un trastorno focal de alto remodelado óseo que puede afectar a un solo hueso (monostótica) o a múltiples huesos (poliostótica) que conlleva una hipertrofia ósea, expansión cortical y una estructura ósea anormal, responsable del dolor óseo y la deformidad ósea